

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL CUERPO DE CRISTO

Expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización mediante la mezcla de Dios con el hombre para la unidad del Cuerpo de Cristo (Mensaje 12)

Lectura bíblica: Ef. 4:15-16; Col. 2:19; Sal. 36:8-9; Ap. 2:7; 21:18-23; 22:1-5

- I. Expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir equivale a crecer en todo “en aquel que es la Cabeza” mediante la mezcla de Dios con el hombre, y llevar a cabo la realización de la Nueva Jerusalén es ejercer nuestra función en virtud de lo que procede de la Cabeza a fin de lograr la unidad del Cuerpo de Cristo—Lv. 2:4-5; Jn. 6:57; 7:37; 17:21, 23; Ef. 4:3-4a, 11-16; Col. 2:19; 1 Co. 3:6-12a; 10:3-4, 17; 12:12-13; Ap. 2:7; 21:9-11; 22:14, 17:
 - A. Dios desea obtener la Nueva Jerusalén mediante el precursor —el Cuerpo orgánico de Cristo— producido en las iglesias locales—2:7; 12:5; 14:1-4.
 - B. A la postre, las iglesias locales dejarán de ser; únicamente el Cuerpo de Cristo permanecerá para siempre como entidad única en la que moran mutuamente Dios y el hombre de tal modo que Dios y el hombre se hayan unido en matrimonio, estén mezclados entre sí y se hayan incorporado el uno al otro como una sola entidad, un magnífico Dios-hombre corporativo—1:11-12; 21:2-3, 22; 22:17a.
- II. Todo cuanto se le atribuye a la Nueva Jerusalén deberá ser tanto nuestra experiencia personal como corporativa a fin de que lleguemos a ser la Nueva Jerusalén y edifiquemos la Nueva Jerusalén mediante la mezcla de Dios con el hombre para la unidad del Cuerpo de Cristo con miras a que se logre el propósito eterno de Dios:
 - A. La Nueva Jerusalén es la totalidad de los vencedores; un remanente de los creyentes del Señor, los primeros vencedores, serán los constituyentes de la novia de Cristo durante mil

años (19:7-9; 20:4, 6); luego, se unirán al resto de los creyentes del Señor, los vencedores tardíos, como constituyentes de la esposa de Cristo por la eternidad (21:2-3, 7):

1. Los primeros vencedores, que son la realidad de Sion dentro de Jerusalén, la realidad del Cuerpo de Cristo dentro de la iglesia, tienen en su corazón los caminos a Sion; de manera interna, ellos toman la senda que corresponde a la iglesia al ser incorporados a Dios, quien es la morada de ellos, mediante el Cristo crucificado, tipificado por el altar de bronce, que es el nido de ellos y sirve como su refugio, y mediante el Cristo resucitado que está en ascensión, tipificado por el altar de incienso, que es el hogar de ellos y les da reposo—Sal. 48:2; 84:3-5; cfr. Pr. 27:8.
 2. Vencer significa amar al Señor más que a uno mismo, más que a la vida del alma; un vencedor conoce y ama únicamente a Cristo por causa del Cuerpo de Cristo—Fil. 3:10; 4:12; Ap. 2:4, 7; 12:11.
 3. El Señor está a la espera de un grupo de vencedores que en su vivir exprese la realidad del Cuerpo de Cristo en resurrección a fin de que ellos lleguen a ser la novia de Cristo que hará que Él retorne y que se inicie la era de Su reinado; para lograr esto es necesario orar diciendo: “Señor, concédeme Tu misericordia y gracia para ser uno de Tus vencedores”.
- B. Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de Cristo, tenemos que ceñirnos a este principio: la presencia de Dios es el criterio que debemos aplicar a todo asunto—21:22; 22:4; Éx. 25:30; Sal. 27:4-5, 8; 31:20; 91:1:
1. El Nuevo Testamento comienza con el Cristo individual como Dios-hombre, “Dios con nosotros”, y concluye con la Nueva Jerusalén como Cristo corporativo, el magnífico Dios-hombre, “Jehová está allí”—Mt. 1:23; Ez. 48:35.
 2. El Espíritu es la presencia de Cristo que está con nuestro espíritu; tenemos que vivir y actuar en la persona de Cristo, en Su presencia, de acuerdo con la expresión de toda Su persona, según se transmite en Sus ojos—2 Ti. 4:22; Ro. 8:16; 2 Co. 3:17-18; 2:10, 13; Éx. 33:11a, 14-17; 1 Co. 14:24-25; cfr. Ap. 5:6.

- C. Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de Cristo, tenemos que estar sujetos al trono de Dios, el gobierno divino—22:1, 3:
1. El pecado es infracción de la ley y equivale a destronar a Dios; tenemos que destronarnos a nosotros mismos, humillarnos, para vivir en nuestro espíritu, coordinar con los santos para el mover de Dios y mantener “un cielo despejado” en nuestra vida cristiana así como en nuestra vida de iglesia a fin de ser llenos de la presencia rectora de Dios, donde se manifiesta la gracia que reina—1 Jn. 3:4; Ez. 1:13-16, 22, 26; Ro. 5:21; Ap. 4:1-3; 22:1; cfr. 1 R. 10:18.
 2. Lograr esto quiere decir que en todo le permitimos a Dios ocupar el primer lugar y estamos completamente sujetos a Su autoridad y administración, de tal modo que Él puede cumplir Su propósito eterno en nosotros, por medio de nosotros y con nosotros—Ro. 5:17; Mt. 8:9; Ro. 14:17; cfr. Nm. 17:8.
- D. Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de Cristo, tenemos que experimentar el fluir y el suministro de la vida divina—Ap. 22:1-2:
1. El río de vida que fluye y el árbol de la vida que es comestible deben ser las dos características notables tanto de nuestra vida cristiana como de nuestra vida de iglesia a fin de que disfrutemos a Dios mismo como nuestro verdadero Edén, como nuestro placer, entretenimiento y gozo—*Himnos*, #224; Gn. 2:8-10; Sal. 36:8-9; 43:4a; Neh. 8:10.
 2. Beber del único Espíritu es mezclarse con el Espíritu, quien es la unidad del único Cuerpo; esto requiere de nosotros que invoquemos al Señor continuamente y saquemos aguas con gozo de Él, quien es la fuente de agua viva—1 Co. 12:12-13; Ef. 4:3-4a; Is. 12:3-4; Jer. 2:13; Jn. 4:10, 14; 7:37-39; Ap. 22:17.
 3. Comer del árbol de la vida, esto es, disfrutar a Cristo como nuestro suministro de vida, debe ser el componente más importante en nuestra vida de iglesia; disfrutar a Cristo requiere que le amemos con el primer amor; estas

tres cosas van juntas: amar al Señor, disfrutar al Señor y ser Su testimonio—2:4, 7; 22:14.

- E. Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de Cristo, tenemos que estar llenos de la luz de la vida—21:11, 23; 22:5; Lc. 11:33-36:
1. La luz de la Nueva Jerusalén es Dios mismo, la gloria iluminadora que resplandece a través de Cristo el Redentor, quien es la lámpara, y toda la ciudad santa es difusora de la luz divina; hoy en día, este difusor que disemina la luz divina es el Cuerpo de Cristo—Ap. 21:23-24a; 22:1, 5; 21:11; Ef. 5:8-9.
 2. La luz es la presencia de Dios; nosotros disfrutamos a Cristo como la porción que Dios nos dio en la luz para librarnos de la autoridad de las tinieblas, el reino de Satanás, y para trasladarnos al reino del Hijo de Dios, el Hijo de Su amor—Col. 1:12-13; Hch. 26:18; Ro. 13:11-14; cfr. Mr. 9:2-8.
 3. La luz de Dios está en el santuario, la morada de Dios, que es nuestro espíritu (Ef. 2:22) y la iglesia (1 Ti. 3:15); en nuestro espíritu y en la iglesia recibimos la revelación divina y todos nuestros problemas hallan explicación (Sal. 73:16-17, 22-26).
- F. Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de Cristo, tenemos que participar de Dios el Padre en Su naturaleza divina, tipificada por el oro como base de la ciudad—2 P. 1:4; Ap. 21:21b:
1. La única calle de oro puro representa el hecho de que al vivir y laborar de acuerdo con la vida divina que fluye en la naturaleza divina, jamás “nos perdemos”, y somos personas puras, simples y sin complicaciones—22:1; 2 Co. 11:2-3.
 2. La naturaleza divina es lo que Dios es; tenemos que ejercitar nuestro espíritu para disfrutar a Dios como Espíritu (la naturaleza de la persona de Dios), y tenemos que permanecer en la comunión divina para disfrutar a Dios como amor (la naturaleza de la esencia de Dios) y como

luz (la naturaleza de la expresión de Dios)—Jn. 4:24; 1 Jn. 4:8; 1:5, 3.

- G. Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de Cristo, tenemos que experimentar a Dios el Hijo en Su muerte y resurrección, tipificados por las puertas de perla—Ap. 21:21a:
1. Las perlas representan el fruto de la secreción de Cristo en dos aspectos: Su muerte que redime y que libera la vida divina y Su resurrección que imparte dicha vida—Jn. 12:24; 19:34; cfr. Zac. 13:1; Jer. 2:13.
 2. Tenemos que experimentar la muerte de Cristo por el poder de Su resurrección a fin de ser conformados a Su muerte y a la imagen del Hijo primogénito de Dios—Fil. 3:10; 1:19; Ro. 8:29; 2 Co. 4:7-13.
- H. Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de Cristo, tenemos que experimentar a Dios el Espíritu en Su obra transformadora, la cual está tipificada por el muro de jaspe con su cimiento de piedras preciosas—Ap. 21:18-20:
1. Mediante nuestro crecimiento en la vida divina al estar en Cristo la piedra viva, somos transformados en piedras preciosas para tener la misma apariencia que tiene Dios—1 P. 2:4; 1 Co. 3:12a; Ap. 21:10-11; 4:3; 2 Co. 3:18; Ro. 12:2.
 2. La función que cumple el muro es la de apartar, santificar, a la ciudad para Dios, separándola de todo lo que no sea Dios mismo, con lo cual hace de ella la santa ciudad; además, el muro también cumple la función de proteger los intereses de las riquezas de la divinidad de Dios sobre la tierra así como los logros propios de Su consumación—Ap. 21:2a, 10b; cfr. Jn. 17:17.
- I. Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de Cristo se requiere que combatamos en la guerra espiritual; en tiempos de Nehemías, “los que edificaban en el muro y los acarreadores llevaban las cargas y trabajaban así: con una mano trabajaban en la obra, y con la otra empuñaban el arma”—Neh. 4:17:
1. El ataque del enemigo tiene tres aspectos: el primero es el escarnio del enemigo (2:10; 4:2-3); el segundo consiste en

que el enemigo idea estratagemas al hacer que los que destruyen el edificio divino soliciten reuniones y discusiones (6:2); el tercero consiste en hacer que nos sintamos desalentados, que seamos debilitados, que enfermemos espiritualmente y que haya discordia entre nosotros (4:10-12).

2. Nehemías, por ser alguien que amaba a Dios, oró a Dios a fin de tener contacto con Él en comunión; con miras a lograr la reedificación del muro, Nehemías se mantuvo firme basándose en la palabra de Dios, oró conforme a ella y tomó acción en resurrección de manera apropiadamente valiente—1:1-11; 2:4; 4:4-9; 13:1-30.
3. Tenemos que mantenernos firmes en contra de las estratagemas del diablo al librar la batalla inmersos en el Cuerpo y con oraciones combatientes, orando en todo tiempo en el espíritu a fin de vestirnos de toda la armadura de Dios para la edificación del Cuerpo de Cristo como casa de Dios para que Dios sea glorificado, y como el reino de Dios para que Dios ejerza Su señorío con miras a que se cumpla plenamente la economía de Dios—Ef. 6:10-20.

MENSAJE DOCE

EXPRESAR LA NUEVA JERUSALÉN EN NUESTRO VIVIR Y LLEVAR A CABO SU REALIZACIÓN MEDIANTE LA MEZCLA DE DIOS CON EL HOMBRE PARA LA UNIDAD DEL CUERPO DE CRISTO

Oración: Señor Jesús, te alabamos por estos mensajes sobre el Cuerpo de Cristo. Te adoramos por Tu misericordia al abrirnos los cielos y permitirnos ver las visiones de Dios. Te damos gracias por Tu palabra expresa que nos fue dada a cada uno de nosotros. Te damos gracias también por Tu mano que nos dirige, guía y regula. Oramos pidiéndote que Tu mano respalde Tu hablar. Te entregamos este mensaje final. Nos humillamos delante de Ti y abrimos todo nuestro ser a Ti. Señor, te decimos nuevamente que te amamos. Te damos la preeminencia en todas las partes de nuestro ser. Queremos que todo nuestro ser esté sujeto a Tu trono. Oramos que podamos beber del río de agua de vida y comer de Ti como el árbol de la vida. ¡Oh Señor Jesús, te amamos! ¡Háblanos nuevamente!

En el mensaje 11 vimos la cúspide de la economía eterna de Dios y nuestra necesidad de que seamos los vencedores que viven a Cristo para la edificación del Cuerpo de Cristo. En cada uno de estos mensajes estamos observando esta cúspide desde diferentes ángulos. La cúspide de la revelación divina es un diamante insondable que tiene muchas facetas y ángulos. Es necesario que veamos esta visión espectacular y seamos partícipes de la experiencia corporativa, que consiste en expresar en nuestro vivir la realidad del Cuerpo de Cristo, de tal modo que podamos ser conjuntamente edificados hasta llegar a ser el Cuerpo de Cristo en realidad, y que podamos ser preparados como la novia de Cristo en la práctica, a fin de hacer posible el retorno del Señor.

El título de este mensaje es: “Expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización mediante la mezcla de Dios con el hombre para la unidad del Cuerpo de Cristo”. Es necesario que veamos que el Cuerpo de Cristo en su manifestación final es la Nueva Jerusalén. La Nueva Jerusalén es la máxima consumación del Cuerpo

de Cristo. En 1997 el hermano Lee se sintió urgido a convocar un entrenamiento internacional para ancianos y colaboradores. Debido a las limitaciones que le imponía su enfermedad, él únicamente pudo dar el tema de aquel entrenamiento, el cual era expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización. Es asombroso que el Señor por medio de nuestro hermano hablase simplemente una frase y que, con ello, nos fuese dado acceso al significado del universo entero. Tenemos que expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y tenemos que llevar a cabo su realización. En este mensaje veremos que expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir es expresar la realidad del Cuerpo de Cristo, y que llevar a cabo la realización de la Nueva Jerusalén es llevar a cabo la realización de la realidad del Cuerpo de Cristo.

Durante el entrenamiento, celebrado el 6 de abril de 1997, aproximadamente dos meses antes de partir con el Señor, el hermano Lee compartió algo muy precioso con unos cuantos hermanos y les pidió que lo leyesen a todos los ancianos y colaboradores. Él dijo lo siguiente:

Es indispensable que los colaboradores vean que únicamente deben realizar una sola obra, la cual consiste en hacer que aquellos que Dios eligió sean regenerados, santificados, renovados, constituyan el nuevo hombre, sean transformados, sean conformados a la imagen del Hijo primogénito de Dios y sean glorificados. Pues todos cuantos vayan a estar en la Nueva Jerusalén serán esta clase de persona.

De manera específica, Dios procede paso a paso para hacer que un elegido de Dios sea regenerado, santificado, renovado, transformado, conformado a la imagen del Hijo primogénito de Dios e, incluso, glorificado por Dios. De este modo, nosotros ascendemos un nivel tras otro hasta llegar al punto más elevado, en el cual todos llegamos a ser lo mismo. Allí, ya no hay carne y no hay ser natural. Todos están en el Espíritu. Todos están en el reino de los cielos y todos son seres de la Nueva Jerusalén. Este es el punto más elevado. Si ustedes entienden esto, pueden explicárselo a los hermanos y hermanas, y pueden pedirles que hablen lo mismo.

Esta manera de expresarse es muy elevada y sofisticada. Es una continuación de lo que hemos venido hablando antes. Sin embargo es un avance. Este es el punto más elevado. A medida que avanzamos paso a paso, ascendiendo

un nivel tras otro, finalmente llegamos al punto más elevado, donde ya no hay carne, ya no hay ser natural y todos estamos en el espíritu. Esto es la Nueva Jerusalén. Tengo la convicción de que los hermanos compenetrados harán un buen trabajo al hablar según mi hablar. Entonces, todos los ancianos y colaboradores verán cómo ellos deben llevar a cabo su labor, qué labor deben realizar y cuál es la meta que deberán alcanzar. Ellos ya no deberán realizar su propia obra. Ellos deben llevar a cabo únicamente la obra de la Nueva Jerusalén.

Ustedes tienen que profundizar en estos mensajes de manera gradual. La visión presentada en ellos es muy elevada. Ustedes tienen que estudiarlos punto por punto (*The Ministry* [El ministerio], tomo 1, no. 1, págs. 49-50).

Aquí él dice que “nosotros ascendemos un nivel tras otro hasta llegar al punto más elevado, donde todos llegamos a ser lo mismo”. Esta palabra “mismo” es una palabra maravillosa en la Biblia. En 1 Corintios 1:10 se nos dice: “que habléis todos una misma cosa ... que estéis perfectamente unidos en un mismo sentir y en un mismo parecer”. Filipenses 2:2 dice: “tened todos el mismo pensamiento”. Al final, todos seremos lo mismo.

Es indispensable que expresemos la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y que llevemos a cabo su realización. La manera de expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización es por medio de la mezcla de Dios con el hombre. Tenemos que ser mezclados con Dios todos los días. Tenemos que entregarnos al Señor de tal modo que seamos partícipes de la mezcla siete veces intensificada con Dios. Tenemos que mezclarnos con Dios de manera fresca cada día. Más aún, nuestra obra debe consistir en hacer que las personas bajo nuestro cuidado se mezclen con Dios. Si no impartimos a Dios en Cristo como el Espíritu a estas personas y ellas no se mezclan con Dios cada vez más, entonces nuestra obra no tiene sentido. Tenemos que expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización por medio de la mezcla de Dios con el hombre.

El propósito de que nosotros expresemos la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevemos a cabo su realización es la unidad del Cuerpo de Cristo. La degradación de la iglesia se debe principalmente a que los obreros cristianos toman como su meta muchas otras cosas que no son la Nueva Jerusalén. La meta de los vencedores es expresar la Nueva Jerusalén en su vivir y llevar a cabo su realización. Expresar la Nueva

Jerusalén en nuestro vivir es llegar a ser la Nueva Jerusalén, y llevar a cabo su realización es edificar la Nueva Jerusalén. Esta es la meta de los vencedores.

EXPRESAR LA NUEVA JERUSALÉN
EN NUESTRO VIVIR EQUIVALE A CRECER EN TODO
“EN AQUEL QUE ES LA CABEZA”
MEDIANTE LA MEZCLA DE DIOS CON EL HOMBRE,
Y LLEVAR A CABO LA REALIZACIÓN DE LA NUEVA JERUSALÉN ES
EJERCER NUESTRA FUNCIÓN EN VIRTUD DE LO QUE PROCEDE
DE LA CABEZA A FIN DE LOGRAR
LA UNIDAD DEL CUERPO DE CRISTO

Expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir equivale a crecer en todo “en aquel que es la Cabeza” mediante la mezcla de Dios con el hombre, y llevar a cabo la realización de la Nueva Jerusalén es ejercer nuestra función en virtud de lo que procede de la Cabeza a fin de lograr la unidad del Cuerpo de Cristo (Lv. 2:4-5; Jn. 6:57; 7:37; 17:21, 23; Ef. 4:3-4a, 11-16; Col. 2:19; 1 Co. 3:6-12a; 10:3-4, 17; 12:12-13; Ap. 2:7; 21:9-11; 22:14, 17). Efesios 4:15-16 dice: “Sino que asidos a la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la Cabeza, Cristo, de quien todo el Cuerpo, bien unido y entrelazado por todas las coyunturas del rico suministro y por la función de cada miembro en su medida, causa el crecimiento del Cuerpo para la edificación de sí mismo en amor”. Tenemos que orar día a día: “Señor Jesús, crece en mí. Quisiera crecer en todo en Ti como la Cabeza”. La frase *en todo* quiere decir en todos los detalles de nuestra vida diaria, incluso en asuntos tales como la manera en que nos peinamos y como nos vestimos. En la vida de iglesia no tenemos reglamentos que regulen la manera en que debemos vestirnos, ni tenemos una lista de cosas que se deben hacer y cosas que no se deben hacer; en lugar de ello, tenemos a Dios en Cristo como el Espíritu, quien es la ley de vida en nuestro espíritu. Cuando nosotros hemos “prendido el interruptor” y Dios opera en nuestro ser, poco a poco crecemos en Él con respecto a todas las cosas, es decir, con respecto a la manera en que nos vestimos, nos conducimos, vivimos y hablamos. Entonces, llevaremos una vida revestida de dignidad y poseedora del nivel más alto de las virtudes humanas que expresan los más excelentes atributos divinos ... una vida similar a la que el Señor mismo llevó en la tierra años antes. ¡Este es Jesús viviendo otra vez en la tierra en Su humanidad divinamente enriquecida! (véase la nota 1 a Hechos 28:9 en la Versión Recobro del Nuevo Testamento).

A medida que nos mezclamos con Dios cada día, crecemos en todo en aquel que es la Cabeza. Entonces ejercemos nuestra función en virtud de lo que procede de Él, la Cabeza. Colosenses 2:19 dice: “Y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el Cuerpo, recibiendo el rico suministro y siendo entrelazado por medio de las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento de Dios”. Recibimos todas las riquezas del rico suministro por medio de asirnos de Cristo como la Cabeza. A medida que somos ricamente suministrados, llegamos a ser un canal de suministro para otros; entonces ejercemos nuestra función en virtud de lo que procede de la Cabeza a fin de suministrar al Cuerpo con el Espíritu. En realidad, el mismo Espíritu que bebemos y del cual somos llenos, saturados, empapados, impregnados, con el cual nos mezclamos y que fluye desde nuestro ser, es la unidad del Cuerpo de Cristo. Ejercer nuestra función en virtud de lo que procede de la Cabeza equivale, pues, a ministrar el Espíritu a las personas como la unidad del Cuerpo de Cristo a fin de cumplir la oración hecha por el Señor en Juan 17:6-24. ¡Esto es algo maravilloso!

En el idioma inglés, según *Webster's Third New International Dictionary* [Tercera edición del nuevo diccionario internacional de Webster] la palabra *mingle* [mezclar] significa “reunir o combinar de tal modo que los componentes pueden distinguirse entre sí en tal combinación”. Así pues, la divinidad se mezcla con la humanidad, pero la divinidad y la humanidad permanecen distinguibles al estar combinadas. No se produce una tercera naturaleza. En la historia de la iglesia algunos han distorsionado este asunto de la mezcla, afirmando que en Cristo se produjo una tercera naturaleza, un tercer elemento. Esto es una herejía. Los dos elementos se han mezclado, o, mejor dicho, se han combinado entre sí, pero ello no ha producido una tercera naturaleza. La divinidad y la humanidad son distintas entre sí, pero al haberse combinado, ahora son inseparables. Ellas han llegado a constituir una sola entidad que posee tanto divinidad como humanidad. La mezcla de Dios con el hombre tiene como finalidad producir un gran Dios-hombre. Este gran Dios-hombre es la Nueva Jerusalén, la mezcla máxima de Dios con el hombre.

Levítico 2:4-5 dice: “Cuando traigas una ofrenda de pasta cocida en horno como ofrenda, será tortas de flor de harina sin levadura mezcladas con aceite, u hojaldres sin levadura untados con aceite. Si tu ofrenda es una ofrenda de harina preparada en comal, será de flor de harina mezclada con aceite, sin levadura”. Por tanto, la palabra *mezclada*, o

amasada (Reina Valera, 1960), es una palabra bíblica. La harina fina mencionada en estos versículos tipifica la humanidad de Jesús, una humanidad perfecta, fina, pareja y equilibrada. El aceite representa al Espíritu divino. La humanidad fina de Cristo estaba mezclada con la divinidad; Él es la mezcla de Dios con el hombre. Nuestra humanidad también tiene que ser divinizada, deificada, en vida y naturaleza, mas no en la Deidad. También tenemos que ser mezclados con Dios. Cuando Dios se hizo hombre, Cristo era la realidad de la ofrenda de harina. Después, esta ofrenda de harina vino a nuestro espíritu. Ahora, este Dios-hombre maravilloso se mezcla con nosotros día a día. Tenemos que disfrutar de Él como la mezcla de Dios con el hombre de tal modo que podamos mezclarnos con Él diariamente, y en nuestra vida diaria se manifieste la vida de iglesia “de la ofrenda de harina”, es decir, una vida de iglesia en la cual nos mezclamos con Dios todos los días.

Expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir equivale a crecer en todo en Aquel que es la Cabeza mediante la mezcla de Dios con el hombre. Nosotros nos mezclamos con Dios simplemente por medio de comer a Jesús. Tenemos que comer a Jesús todos los días. Jamás debiéramos cesar de comer a Jesús. Juan 6:57 es un gran versículo. Allí el Señor nos dice: “Como me envió el Padre viviente, y Yo vivo por causa del Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por causa de Mí”. La realidad que está en Jesús era que Él vivía por causa del Padre. Es el anhelo del Señor que haya un grupo de personas que aprendan a Jesús de acuerdo con la situación actual de Su existencia humana aquí en la tierra. Así como el Señor vivió por causa del Padre, todos los días necesitamos comer al Señor como nuestro alimento espiritual. Jamás nos graduaremos de comer a Jesús. Es por esta razón que oramos-leemos la Biblia. Recibimos la Palabra con toda oración (Ef. 6:17-18). Cada mañana necesitamos de un buen desayuno espiritual, un tiempo substancial con el Señor, en el cual abrimos Su santa Palabra, oramos en torno a ella y la introducimos en nuestras conversaciones íntimas con el Señor. Es de este modo que nosotros podemos comer a Cristo.

Los dietistas nos dicen que somos lo que comemos. Si comemos pollo, nos convertiremos en pollos. Tenemos que comer a Jesús y tenemos que beber del Espíritu. Lo que comemos es aquello con lo cual nos mezclamos. Los elementos químicos de aquello que comemos, como las proteínas y los carbohidratos, son infundidos a nuestro ser, los viejos elementos son desechados y nuevas células son creadas. Nos mezclamos con Dios por medio de comer al Señor y beber del Espíritu.

En 1 Corintios se revela que Pablo laboró de manera orgánica. Él alimentó a los santos (3:2). Él habló sobre el hecho de que Cristo es nuestra comida y bebida espiritual (10:3-4). Él también dijo: “Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios” (3:6). Plantar y regar son actividades orgánicas. Nosotros expresamos la Nueva Jerusalén en nuestro vivir por medio de comer y beber del Cristo *pneumático* como nuestra comida y bebida espiritual. Nosotros llevamos a cabo la realización de la Nueva Jerusalén por medio de plantar a Cristo en las personas, regarlas con Cristo y alimentar a las personas con Cristo de tal modo que ellas puedan crecer con Él. A medida que ellas crecen con Cristo, ellas llegan a ser el edificio de Dios (v. 9).

**Dios desea obtener la Nueva Jerusalén
mediante el precursor —el Cuerpo orgánico de Cristo—
producido en las iglesias locales**

Dios desea obtener la Nueva Jerusalén mediante el precursor —el Cuerpo orgánico de Cristo— producido en las iglesias locales (2:7; 12:5; 14:1-4). Damos gracias al Señor por las iglesias locales. Tenemos que vivir en la realidad del Cuerpo de Cristo en las iglesias locales. A medida que vivamos en esta realidad, el Señor nos ganará como la Nueva Jerusalén, Su novia, lo cual lo traerá de regreso.

**A la postre, las iglesias locales dejarán de ser;
únicamente el Cuerpo de Cristo permanecerá
para siempre como entidad única en la que
moran mutuamente Dios y el hombre de tal modo
que Dios y el hombre se hayan unido en matrimonio,
estén mezclados entre sí y se hayan incorporado
el uno al otro como una sola entidad,
un magnífico Dios-hombre corporativo**

A la postre, las iglesias locales dejarán de ser; únicamente el Cuerpo de Cristo permanecerá para siempre como entidad única en la que moran mutuamente Dios y el hombre de tal modo que Dios y el hombre se hayan unido en matrimonio, estén mezclados entre sí y se hayan incorporado el uno al otro como una sola entidad, un magnífico Dios-hombre corporativo (1:11-12; 21:2-3, 22; 22:17a). Este gran Dios-hombre corporativo en el cual Dios y el hombre moran recíprocamente el uno en el otro es la Nueva Jerusalén, el Cuerpo de Cristo en su

manifestación máxima. Debido a que nuestro destino eterno es este morar mutuo de Dios y el hombre en el cual Dios y el hombre han contraído matrimonio, todos los días tenemos que decirle al Señor Jesús: “Señor Jesús, te amo”.

Orar es conversar con el Señor. Por un lado, consiste en que la persona misma del Señor es infundida a nuestro ser, por otro, consiste en ser uno con Él en Su intercesión por Sus intereses. En el salmo 92:10 se declara: “Pero Tú exaltas mi cuerno como el del búfalo; / Soy ungido con aceite fresco”. Tenemos que orar: “Señor, exalta mi cuerno como el del búfalo”. Esto es orar pidiendo que el Señor aumente nuestras fuerzas a fin de poder combatir contra nuestros enemigos espirituales. Por supuesto, combatimos inmersos en el Cuerpo, mediante el Cuerpo y para el Cuerpo. Además, es necesario que todos los días oremos: “Señor, quiero ser mezclado con el aceite fresco hoy. Deseo el Espíritu fresco y nuevo. No quiero ser una persona rancia, vieja ni muerta. Señor, quiero ser una persona nueva, fresca, viviente y lozana. Señor, quiero mezclarme contigo ahora mismo”. Al mezclarnos con el Espíritu de manera fresca y nueva, el Espíritu que fluya de nosotros será el ministerio del Espíritu, y este Espíritu es la unidad del Cuerpo de Cristo. Si verdaderamente ministramos el Espíritu a las personas, ello resultará en la unidad de todo el Cuerpo de Cristo; sin localismos ni regionalismos, pues lo único que habrá será la unidad del Cuerpo de Cristo. Las siete conferencias internacionales cada año así como los entrenamientos del recobro del Señor siempre están llenos de gente de todo color, raza y nacionalidad, y todos somos uno porque poseemos la unidad del Espíritu. El Espíritu es ministrado a nuestro ser y esto lleva a cabo la realización de la Nueva Jerusalén.

**TODO CUANTO SE LE ATRIBUYE A LA NUEVA JERUSALÉN
DEBERÁ SER TANTO NUESTRA EXPERIENCIA PERSONAL
COMO CORPORATIVA A FIN DE QUE LLEGUEMOS
A SER LA NUEVA JERUSALÉN Y EDIFIQUEMOS LA NUEVA JERUSALÉN
MEDIANTE LA MEZCLA DE DIOS CON EL HOMBRE
PARA LA UNIDAD DEL CUERPO DE CRISTO
CON MIRAS A QUE SE LOGRE EL PROPÓSITO ETERNO DE DIOS**

Todo cuanto se le atribuye a la Nueva Jerusalén deberá ser tanto nuestra experiencia personal como corporativa a fin de que lleguemos a ser la Nueva Jerusalén y edifiquemos la Nueva Jerusalén mediante la mezcla de Dios con el hombre para la unidad del Cuerpo de Cristo con miras a que se logre el propósito eterno de Dios (Ap. 19:7; 21:2). No

vamos a la Nueva Jerusalén, mas bien llegamos a ser la Nueva Jerusalén. La Nueva Jerusalén es la novia de Cristo, la esposa del Cordero. Apocalipsis 21:3 nos revela que la Nueva Jerusalén es el tabernáculo de Dios, y el versículo 22 nos dice que Dios y el Cordero son su templo. Como la Nueva Jerusalén, somos el tabernáculo de Dios en donde Él mora, y como el templo, Él es nuestra morada. Así pues, Dios mora en nosotros y nosotros moramos en Él. La Nueva Jerusalén es donde Dios y el hombre moran el uno en el otro recíprocamente. Dios es nuestro Marido y nosotros somos Su esposa. Nunca antes hubo una pareja así en el universo, una pareja en la que la esposa mora en el esposo y el esposo mora en la esposa conformando una sola entidad. Esto es el cumplimiento de la oración del Señor en Juan 17:21 y el cumplimiento del propósito eterno de Dios.

**La Nueva Jerusalén es la totalidad de los vencedores;
un remanente de los creyentes del Señor,
los primeros vencedores, serán los constituyentes
de la novia de Cristo durante mil años; luego,
se unirán al resto de los creyentes del Señor,
los vencedores tardíos, como constituyentes
de la esposa de Cristo por la eternidad**

La Nueva Jerusalén es la totalidad de los vencedores; un remanente de los creyentes del Señor, los primeros vencedores, serán los constituyentes de la novia de Cristo durante mil años (Apo. 19:7-9; 20:4, 6); luego, se unirán al resto de los creyentes del Señor, los vencedores tardíos, como constituyentes de la esposa de Cristo por la eternidad (21:2-3, 7). Según la verdad presentada en el mensaje anterior, tenemos que orar: “Señor, hazme que me sienta desesperado para expresarte en mi vivir. Dame el sentimiento de urgencia que Pablo tenía al respecto”. En los últimos tres años del ministerio del hermano Lee, él estaba muy preocupado de que llegásemos a ser los vencedores del Señor. Él era como Pablo incluso al final de sus días, pues continuaba esforzándose por asir aquello para lo cual el Señor lo había asido (Fil. 3:12). Él oraba pidiendo que el Señor hiciera de él uno de Sus vencedores. Nosotros también debemos orar: “Señor, hazme un vencedor”.

El recobro del Señor es edificar a Sion, la cual es la totalidad de los vencedores. Estamos aquí para llegar a ser los primeros vencedores a fin de ser preparados como la novia de Cristo. Es para esto que hemos dado nuestras vidas. Es para esto que vivimos. Apocalipsis 21:7 nos

revela que todos en la Nueva Jerusalén serán vencedores. Sin embargo, tenemos que ser los primeros vencedores. Sería terrible pasar mil años en las tinieblas de afuera, donde habrá llanto y crujir de dientes (Mt. 8:12). Tenemos que orar: “Señor, sálvame de las tinieblas de afuera”. El llanto y el crujir de dientes dan a entender que quienes están en las tinieblas de afuera están llenos de arrepentimiento y remordimiento por no haber redimido el tiempo mientras estaban sobre la tierra a fin de comprar aceite todos los días, es decir, a fin de obtener más del Espíritu (25:1-13), y ser mayordomos de la gracia de Dios, personas que imparten el Espíritu a los demás (24:45-51). Es mi oración que todos en el recobro del Señor escuchen al Señor decir: “Bien, esclavo bueno y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (25:21, 23). Cada uno de nosotros tendrá que comparecer personalmente ante el tribunal de Cristo, pero corporativamente tenemos que ser la novia de Cristo de tal modo que disfrutemos de Cristo al máximo el día de bodas que durará mil años. No podemos ni siquiera imaginarnos que clase de disfrute será aquello.

*Los primeros vencedores,
que son la realidad de Sion dentro de Jerusalén,
La realidad del Cuerpo de Cristo dentro de la iglesia,
tienen en su corazón los caminos a Sion; de manera interna,
ellos toman la senda que corresponde a la iglesia
al ser incorporados a Dios, quien es la morada de ellos,
mediante el Cristo crucificado, tipificado por el altar de bronce,
que es el nido de ellos y sirve como su refugio,
y mediante el Cristo resucitado que está en ascensión,
tipificado por el altar de incienso,
que es el hogar de ellos y les da reposo*

Los primeros vencedores, que son la realidad de Sion dentro de Jerusalén, la realidad del Cuerpo de Cristo dentro de la iglesia, tienen en su corazón los caminos a Sion; de manera interna, ellos toman la senda que corresponde a la iglesia al ser incorporados a Dios, quien es la morada de ellos, mediante el Cristo crucificado, tipificado por el altar de bronce, que es el nido de ellos y sirve como su refugio, y mediante el Cristo resucitado que está en ascensión, tipificado por el altar de incienso, que es el hogar de ellos y les da reposo (Sal. 48:2; 84:3-5; cfr. Pr. 27:8). Tenemos que orar: “Señor, pon los caminos a Sion en mi corazón”. Tenemos que considerar qué clase de caminos hay en

nuestro corazón. Recuerdo que cuando era joven y estaba en la denominación, los de la congregación no veían la hora de que la reunión terminase; con frecuencia ni siquiera cantaban un himno entero. En lugar de que en su corazón estuvieran los caminos a Sion, probablemente estaban los caminos al fútbol o al golf. Tenemos que llegar a convertirnos en Sion, es decir, en los vencedores.

Que los caminos a Sion estén en nuestro corazón quiere decir que tomamos el camino de la iglesia internamente, no sólo externamente, por medio de ser incorporados a Dios como nuestra morada. La Nueva Jerusalén como la consumación del Lugar Santísimo (Ap. 21:16 y la nota 4) es Sion, el lugar donde Dios mora (Sal. 48:2). La Nueva Jerusalén es el tabernáculo de Dios y el templo de Dios. El Señor dijo: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré” (Jn. 2:19). Ahora, en resurrección, somos el templo corporativo del Dios vivo. Con respecto a la encarnación del Señor, Juan 1:14 dice: “Y el Verbo se hizo carne, y fijó tabernáculo entre nosotros”. Todos los días tenemos que entrar en Cristo como nuestro tabernáculo; Él es el Dios en quien podemos entrar. Tenemos que tomar los caminos que nos introducen en Él de tal manera que ingresemos en los lugares más recónditos de Su ser.

El mobiliario del tabernáculo representa las experiencias requeridas para entrar en el Lugar Santísimo. Los dos muebles principales eran el altar de bronce en el atrio y el altar de incienso en el Lugar Santo. El salmo 84:3 dice: “Aun el gorrión halla casa, / Y la golondrina nido para sí, / Donde ponga sus polluelos: / Tus altares, oh Jehová de los ejércitos, Rey mío, y Dios mío”. Nosotros somos como las golondrinas y los gorriones, necesitamos de un nido y una casa. El altar de bronce en el atrio representa al Cristo crucificado quien es nuestro nido. El Cristo crucificado es la solución a todos nuestros problemas. Podemos escondernos en Él, Él es nuestro refugio. Proverbios 27:8 dice: “Cual ave que se va de su nido, / Tal es el hombre que se va de su lugar”. No debiéramos irnos de nuestro lugar: el Cristo crucificado. Cuando hacemos nuestro nido en el Cristo crucificado, le disfrutamos como la realidad de todas las ofrendas. A la postre, llegaremos al altar del incienso, el cual es nuestra casa, el hogar donde podemos descansar. El Cristo resucitado que está en ascensión, el Cristo que ora, es nuestro hogar (He. 7:25). Tenemos que orar: “Señor, quiero disfrutarte hoy como el Cristo crucificado, como mi nido. Sé mi refugio. También quiero disfrutarte como el Cristo resucitado que está en ascensión. Te tomo como mi hogar, hoy quiero morar en Ti como el Cristo que ora”.

Cuando oramos las oraciones que son nuestra respiración espiritual, oraciones tales como “Vive en mí, Señor”, tomamos al Cristo que ora como nuestro hogar donde hallamos reposo.

*Vencer significa amar al Señor más que a uno mismo,
más que a la vida del alma;
un vencedor conoce y ama únicamente a Cristo
por causa del Cuerpo de Cristo*

Vencer significa amar al Señor más que a uno mismo, más que a la vida del alma; un vencedor conoce y ama únicamente a Cristo por causa del Cuerpo de Cristo (Fil. 3:10; 4:12; Ap. 2:4, 7; 12:11). Apocalipsis 2:4 nos dice que el Señor es nuestro primer amor, lo cual quiere decir que le damos la preeminencia en todas las cosas. Debemos declarar con toda sinceridad: “Señor Jesús, te amamos. Queremos que seas todo para nosotros. Queremos que ocupes el primer lugar en todas las partes de nuestro ser y en todas las áreas de nuestra vida”. Cuando le damos al Señor la preeminencia en todas las cosas, le comemos y le disfrutamos como el árbol de la vida (v. 7). Apocalipsis 12:11 afirma que los vencedores son aquellos que “despreciaron la vida de su alma hasta la muerte”. Cuando verdaderamente amamos al Señor, le amamos más que a nosotros mismos, más que a nuestra vida del alma. Esto es amarle a Él de manera suprema.

*El Señor está a la espera de un grupo de vencedores
que en su vivir exprese la realidad del Cuerpo de Cristo
en resurrección a fin de que ellos lleguen a ser la novia de Cristo
que hará que Él retorne y que se inicie la era de Su reinado;
para lograr esto es necesario orar diciendo:
“Señor, concédeme Tu misericordia y gracia
para ser uno de Tus vencedores”*

El Señor está a la espera de un grupo de vencedores que en su vivir expresen la realidad del Cuerpo de Cristo en resurrección a fin de que ellos lleguen a ser la novia de Cristo que hará que Él retorne y que se inicie la era de Su reinado; para lograr esto es necesario orar diciendo: “Señor, concédeme Tu misericordia y gracia para ser uno de Tus vencedores”. Tenemos que orar todos los días: “Señor, vengo a Ti acercándome con confianza al trono de la gracia. Te abro todo mi ser sin reservas a fin de recibir misericordia y hallar gracia para que me hagas parte de Tu novia vencedora”.

Ahora, abordaremos algunos puntos prácticos muy preciosos concernientes a la manera en que podemos expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir así como llevar a cabo su realización.

**Para expresar la Nueva Jerusalén
en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad
del Cuerpo de Cristo, tenemos que ceñirnos a este principio:
la presencia de Dios es el criterio
que debemos aplicar a todo asunto**

Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de Cristo, tenemos que ceñirnos a este principio: la presencia de Dios es el criterio que debemos aplicar a todo asunto (Apo. 21:22; 22:4; Éx. 25:30; Sal. 27:4-5, 8; 31:20; 91:1). La realidad del Cuerpo de Cristo es la expansión de la realidad que está en Jesús. Es Jesús que vive nuevamente sobre la tierra a través de un grupo corporativo de personas, un Dios-hombre corporativo que ha sido perfeccionado. Llevar a cabo la realización de la Nueva Jerusalén consiste en llevar a cabo la realización del Cuerpo de Cristo. Si hemos de hacer esto, tenemos que ceñirnos al principio según el cual la presencia de Dios es el criterio que debemos aplicar a todo asunto. No es cuestión de lo correcto o incorrecto; más bien, es cuestión de contar con la presencia del Señor. La presencia del Señor no es otra cosa que el propio Espíritu de realidad. El Espíritu vivificante es la presencia del Dios Triuno en nuestro espíritu.

Cuando hablamos de la presencia de Dios, no nos referimos a algo doctrinal. En el mensaje 11 vimos que en su condición de embajador de Cristo, Pablo era un prisionero de Cristo, que había sido conquistado por Cristo y estaba encadenado a Cristo. Cristo es nuestra prisión y hemos sido sentenciados a cadena perpetua sin oportunidad de tener libertad condicional. Pablo lo hacía todo en la persona de Cristo (2 Co. 2:10). Al decir que estamos en la presencia de una persona nos referimos a estar en la expresión que transmiten sus ojos. Cuando tenemos la atención de sus ojos, tenemos a la persona.. Cuando un esposo y su esposa logran una intimidad profunda, es mucho lo que ellos se comunican con una sola mirada. Al esposo le basta una mirada de su esposa para saber lo que ella piensa respecto de algo. Esta mirada es la presencia misma de tal persona. Cuando contamos con la presencia de Dios, contamos con Sus ojos, Su persona y Su rostro. Este Cristo no es un Cristo doctrinal; más bien, es un Cristo muy real, que está presente y es

precioso para nosotros. Lo que quiere decir es que somos personas que están viviendo en su espíritu.

En 2 Corintios 4:6 dice: “Porque el mismo Dios que dijo: De las tinieblas resplandecerá la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”. Después, en el versículo 7, dice que “tenemos este tesoro”. Así pues, “este tesoro” no es solamente Cristo, sino “la faz de Jesucristo”; es decir, el Cristo que es subjetivo y real para nosotros, la persona de Cristo. La presencia de Dios es Su sonrisa. Tenemos que orar: “Señor, no quiero perder Tu sonrisa en esta era, ni Tu recompensa en la era venidera”. Queremos Su sonrisa. Números 6:24-26 dice: “Jehová te bendiga, y te guarde; Jehová haga resplandecer Su rostro sobre ti, y te otorgue Su gracia; Jehová alce sobre ti Su semblante, y te conceda la paz”. Esta es la bendición de la Trinidad Divina, la bendición del Espíritu que es impartido a nuestro ser como la sonrisa del Dios Triuno.

Uno de los eventos más horribles que registran los anales de la historia del hombre se halla en Génesis 4. El versículo 16 dice: “Salió, pues, Caín de delante (la presencia, heb.) de Jehová, y habitó en tierra de Nod, al oriente de Edén”. Necesitamos orar: “Señor, sálvame de alguna vez salir de Tu presencia”. El hermano Lee oró muchas veces: “Señor, Tu presencia lo es todo para nosotros. Tu presencia lo es todo tanto en nuestra vida como en nuestra obra”. La presencia del Dios Triuno es el Espíritu vivificante como la consumación del Dios Triuno procesado y consumado que mora en nuestro espíritu. Él es real para nosotros y lo único que nos importa es Su sonrisa.

Éxodo 25:30 nos dice: “Y pondrás sobre la mesa el pan de la Presencia perpetuamente delante de mí” (L. B. L. A.). Mientras los sacerdotes entraban en el tabernáculo, ellos ofrecían los sacrificios en el altar de bronce, se lavaban en la fuente de agua, entraban en el lugar santo, y entonces acudían “a la mesa del pan de la Presencia”. La palabra que aquí se tradujo como “Presencia” también puede traducirse como “rostro”. Esto quiere decir que la presencia de Dios es el suministro que necesitamos para servir. Su presencia es nuestro alimento. Damos gracias al Señor que podemos disfrutar un banquete en la presencia de Dios, más aún, Su presencia es nuestro banquete.

Podríamos ilustrar esto de este modo. Cuando un hijo retorna a su hogar después de haber estado lejos de él, su madre siempre quiere darle de comer. Quizás ella se especialice en hacer lasaña, así que cuando su hijo viene a casa, ella pone la lasaña frente a él y le observa

comer. Ella le ama y quiere que él disfrute de su lasaña. Si su hijo rehusara comer aquella lasaña, estaría, de hecho, rechazando a su madre, pues la presencia de ella está en la lasaña. Del mismo modo, la presencia de Dios es nuestro alimento. En el salmo 27:4 David oró: “Una cosa he pedido a Jehová, / Ésta buscaré, / Que more yo en la casa de Jehová / Todos los días de mi vida, / Para contemplar la hermosura de Jehová, / Y para inquirir en Su templo”. Esto quiere decir que anhelamos morar en la vida de iglesia, en nuestro espíritu, y en el Dios Triuno todos los días de nuestra vida. Hacemos esto a fin de poder contemplar la hermosura de Jehová. Queremos que Su propia persona nos sea infundida. La profesión más elevada que podríamos desempeñar en esta tierra consiste en pasar tiempo en la presencia de Dios a fin de que Él mismo y Su hermosura nos sean infundidos a nuestro ser. Entonces Él podrá resplandecer a través de nuestra persona y ser irradiado a otros. La hermosura de Cristo se manifestará mediante un grupo corporativo de personas. ¡Qué gran milagro será este!

La presencia de Dios lo es todo para nosotros. El criterio que aplicamos no se basa en lo que está correcto o incorrecto. Si nos reunimos con un grupo de santos con la finalidad de llevar algo a cabo, lo que verdaderamente importa no es el método que adoptemos, sino si podemos conservar la sonrisa del Señor o si la perdemos. Éxodo 33:11 dice: “Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero”. Aquí, la expresión que se tradujo como cara a cara tiene un significado muy similar al de la palabra “presencia”. Tenemos que orar: “Señor, quisiera ser Tu compañero. Quisiera ser socio en Tu empresa. Que Tu empresa, Tu economía, sea mi empresa. Háblame cara a cara todos los días. Deseo ser íntimo amigo Tuyo. Quiero tener una relación personal, afectuosa, íntima y espiritual contigo. Que esto se haga en el Cuerpo, a través del Cuerpo y para el Cuerpo de tal modo que podamos llegar a ser la Nueva Jerusalén y, edifiquemos la Nueva Jerusalén para Tu satisfacción y el beneplácito de Tu corazón”.

Los versículos 14 y 15 dicen: “Él dijo: Mi presencia irá contigo, y te daré descanso. Y Moisés respondió: Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí”. La presencia del Señor es el fluir de la vida divina en nuestro ser. Lo único que importa es que esta vida fluya en nuestro ser. Si tomamos cierto camino y no tenemos el fluir, quiere decir que no debemos tomar ese camino. Si seguimos este fluir diremos: “¡Alabado sea el Señor! ¡Tengo el fluir de la presencia del Dios Triuno en mí!” La presencia de Dios debe gobernar adónde vamos y qué

hacemos. Si la presencia del Señor está fluyendo a cierto lugar, pero nosotros escogemos ir a otro lugar, aún si ese lugar es hermoso, seremos miserables. Pero si seguimos al Señor, ¡tendremos una vida llena de gozo!

El Nuevo Testamento comienza con el Cristo individual como Dios-hombre, “Dios con nosotros”, y concluye con la Nueva Jerusalén como Cristo corporativo, el magnífico Dios-hombre, “Jehová está allí”

El Nuevo Testamento comienza con el Cristo individual como Dios-hombre, “Dios con nosotros”, y concluye con la Nueva Jerusalén como Cristo corporativo, el magnífico Dios-hombre, “Jehová está allí” (Mt. 1:23; Ez. 48:35). Según Mateo 1:23, Emanuel significa “Dios con nosotros”. En Ezequiel 48:35 dice, “En derredor tendrá dieciocho mil cañas. Y el nombre de la ciudad desde aquel día será Jehová-sama”. “Jehová-sama” o “Jehová está allí” es el nombre de la santa ciudad. El Nuevo Testamento comienza con el Dios-hombre individual; Él es *Dios con nosotros*. Luego, Él entra en nuestro ser con la finalidad de unirse, mezclarse e incorporarse completamente con nosotros, hasta que finalmente lleguemos a estar plenamente incorporados y mezclados con Él. Entonces, al final del Nuevo Testamento, a este gran Dios-hombre, la Nueva Jerusalén, se le llama “Jehová está allí”. En Jeremías 33:16, a la ciudad santa, en la cual nosotros y el Dios Triuno estamos mezclados, compenetrados e incorporados, se le llama “Jehová, justicia nuestra”.

El Espíritu es la presencia de Cristo que está con nuestro espíritu; tenemos que vivir y actuar en la persona de Cristo, en Su presencia, de acuerdo con la expresión de toda Su persona, según se transmite en Sus ojos

El Espíritu es la presencia de Cristo que está con nuestro espíritu; tenemos que vivir y actuar en la persona de Cristo, en Su presencia, de acuerdo con la expresión de toda Su persona, según se transmite en Sus ojos (2 Ti. 4:22; Ro. 8:16; 2 Co. 3:17-18; 2:10, 13; Éx. 33:11a, 14-17; 1 Co. 14:24-25; cfr. Ap. 5:6). En 1 Corintios 14:24-25, Pablo le dice a la iglesia en Corinto: “Pero si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es examinado; los secretos de su corazón se hacen manifiestos; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros”. Nuestras reuniones deben estar llenas de la presencia de Dios. Todos hemos estado en reuniones en las que el hablar de los

santos nos redarguye. Quizás hasta nos hayamos preguntado cómo es que los santos se enteraron de nuestra situación. De hecho, ellos no la conocían, pero al escucharlos profetizar, fuimos alumbrados y juzgados. Al arrepentirnos, retornamos al Señor y fuimos satisfechos. Así deben ser las reuniones de la iglesia.

Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de Cristo, tenemos que estar sujetos al trono de Dios, el gobierno divino

Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de Cristo, tenemos que estar sujetos al trono de Dios, el gobierno divino (22:1, 3). Debemos orar: “Señor, deseo que seas Tú quien rija en mí hoy”.

El pecado es infracción de la ley y equivale a destronar a Dios; tenemos que destronarnos a nosotros mismos, humillarnos, para vivir en nuestro espíritu, coordinar con los santos para el mover de Dios y mantener “un cielo despejado” en nuestra vida cristiana así como en nuestra vida de iglesia a fin de ser llenos de la presencia rectora de Dios, donde se manifiesta la gracia que reina

El pecado es infracción de la ley y equivale a destronar a Dios; tenemos que destronarnos a nosotros mismos, humillarnos, para vivir en nuestro espíritu, coordinar con los santos para el mover de Dios y mantener “un cielo despejado” en nuestra vida cristiana así como en nuestra vida de iglesia a fin de ser llenos de la presencia rectora de Dios, donde se manifiesta la gracia que reina (1 Jn. 3:4; Ez. 1:13-16, 22, 26; Ro. 5:21; Ap. 4:1-3; 22:1; cfr. 1 R. 10:18). Siempre que destronamos a Dios en nuestro ser y nos colocamos en el trono, esto es pecado. En Isaías 14:13-14 vemos que Satanás intentó destronar a Dios. Él trató de subir al trono de Dios. Es pecado destronar a Dios. En lugar de ello, debemos destronarnos a nosotros mismos.

Al final, como los cuatro seres vivientes en Ezequiel, somos el Cuerpo de Cristo coordinado, y al coordinar los unos con los otros, vivimos en la realidad del Cuerpo de Cristo y en la comunión del único Espíritu (1:5-14). Deseamos tener un cielo despejado. Debemos decirle al Señor a diario: “Señor, que nada se interponga entre Tú y yo”. Muchas veces cuando comenzamos el día con tal oración, somos

alumbrados por el Señor. Entonces, todo aquello sobre lo cual Él ha resplandecido, lo confesamos y cuando lo confesamos, Él nos perdona, nos lava con Su sangre, y quita todos nuestros pecados. De esa manera, obtenemos un cielo despejado. Debemos orar: “Señor, haz que el cielo sobre mí sea como un cristal maravilloso”.

En el versículo 26 vemos que por encima de los cuatro seres vivientes había un trono de zafiro con un hombre sentado en él. Este trono no sólo es el trono de la autoridad de Dios que gobierna nuestro ser, sino que es también el trono de la gracia. El deseo de Pablo en Romanos 5:21 es que la gracia reine en nosotros. A fin de que la gracia reine en nosotros, debemos acudir al trono de la gracia en donde podemos abrir todo nuestro ser a Él y decirle: “Señor lléname contigo mismo como la gracia. Lléname con el disfrute de Cristo”. Entonces, el disfrute de Cristo nos regirá, controlará, guiará y nos gobernará. De esa manera seremos tan llenos con la gracia que ella reinará en nosotros.

En Apocalipsis el trono es de oro. Toda la Nueva Jerusalén es una ciudad de oro (21:18). La ciudad tiene una calle de oro y el trono está conectado a esa calle. Por lo tanto, el trono de la Nueva Jerusalén es de oro. Debemos orar: “Señor, rige y gobierna en mí hoy. Quiero abrir todo mi ser a Ti para recibirte como la gracia abundante. Quiero que la gracia reine en mí y que Tú gobiernes en mí. Establece Tu trono en todo mi ser”. Cuando oramos de esta forma, Él rige en nosotros ejerciendo Su administración de oro. Como consecuencia, hacemos todo según Su naturaleza de oro que es la naturaleza divina de Dios el Padre.

En Ezequiel 1:26 este trono tiene la apariencia de zafiro, una piedra preciosa cuyo color azul denota algo celestial y hermoso. Este trono de zafiro debe llenar todo nuestro ser. Según la Biblia, el trono no es un objeto, sino que es la presencia misma de Dios, Su persona. El trono es la presencia gubernativa de Dios. Por lo tanto, cuando le permitimos regir en nosotros, Él lo hace según Su naturaleza de oro, la cual representa a Dios el Padre con Su naturaleza divina. Entonces, haremos todo en conformidad con esa naturaleza divina, según la condición y la atmósfera propias de la presencia celestial, la presencia de zafiro, que es la presencia del Señor. El hombre-Dios, Cristo el Hijo, está en el trono y Su presencia gobierna nuestro ser.

En 1 Reyes 10:18 se nos dice: “Hizo también el rey un gran trono de marfil, el cual cubrió de oro purísimo”. El marfil representa la muerte y resurrección de Cristo. Para obtener marfil de un elefante, este debe morir. Por lo tanto, el marfil representa la muerte. Sin embargo, el

marfil también es una sustancia semejante al hueso, lo cual representa la resurrección. De manera que el marfil representa el suministro abundante del Espíritu de Jesús, que implica muerte, y el Espíritu de Jesucristo, que implica la resurrección. Al juntar todos estos versículos vemos que cuando Dios rige en nosotros, tenemos a Dios el Padre en Su naturaleza de oro, a Cristo el Hijo con Su presencia de zafiro, y al Espíritu de Jesucristo con la realidad de la muerte y resurrección de Cristo. Cuando todo esto fluye, gobierna, y rige en nosotros, reinamos en vida sobre Satanás, el pecado y la muerte.

Lograr esto quiere decir

que en todo le permitimos a Dios ocupar el primer lugar y estamos completamente sujetos a Su autoridad y administración, de tal modo que Él puede cumplir Su propósito eterno en nosotros, por medio de nosotros y con nosotros

Lograr esto quiere decir que en todo le permitimos a Dios ocupar el primer lugar y estamos completamente sujetos a Su autoridad y administración, de tal modo que Él puede cumplir Su propósito eterno en nosotros, por medio de nosotros y con nosotros (Ro. 5:17; Mt. 8:9; Ro. 14:17; cfr. Nm. 17:8).

Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de Cristo, tenemos que experimentar el fluir y el suministro de la vida divina

El río de vida que fluye y el árbol de la vida que es comestible deben ser las dos características notables tanto de nuestra vida cristiana como de nuestra vida de iglesia a fin de que disfrutemos a Dios mismo como nuestro verdadero Edén, como nuestro placer, entretenimiento y gozo

Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de Cristo, tenemos que experimentar el fluir y el suministro de la vida divina (Ap. 22:1-2). El río de vida que fluye y el árbol de la vida que es comestible deben ser las dos características notables tanto de nuestra vida cristiana como de nuestra vida de iglesia a fin de que disfrutemos a Dios mismo como nuestro verdadero Edén, como nuestro placer, entretenimiento y gozo (*Himnos*, #224; Gn. 2:8-10; Sal. 36:8-9; 43:4a; Neh. 8:10). *Himnos*, # 224

dice: “El río y el árbol son, / Figuras cumbres del Edén”. Necesitamos orar: “Señor que el río y el árbol sean estos rasgos notables, estas figuras cumbres de mi ser”. El Espíritu que fluye, y el árbol de vida que es bueno para comer deben ser las características sobresalientes de nuestra vida cristiana y de nuestra vida de iglesia. Dios debe ser nuestro Edén real. Debemos orar: “Señor, sé mi deleite, mi entretenimiento, y mi gozo”.

El salmista en Salmos 43:4a dice: “Entraré al altar de Dios, / Al Dios de mi alegría y de mi gozo”. Este es el altar del holocausto. Debemos acudir a este altar cada mañana y orar: “Señor, te tomo como mi holocausto. Consagro mi espíritu, alma y cuerpo a Ti. Te entrego este día. Te entrego mis bienes y mi futuro. Te entrego todo mi ser, a fin de que pueda disfrutarte, vivirte, y expresar la Nueva Jerusalén. Quiero mezclarme contigo por causa de la unidad y la edificación del Cuerpo de Cristo a fin de llevar la Nueva Jerusalén a su consumación. Consagro todo mi ser a este propósito. En Ti como mi holocausto te tomo como mi consagración incondicional. Yo no puedo consagrarme de manera absoluta y sin reservas, pero Tú sí. Por tanto, quiero consagrarme a Ti en virtud de que Tú eres mi holocausto”. Entonces, seremos reducidos a cenizas, a nada, y Dios llega a ser nuestro gran deleite jubiloso.

En Levítico 1:16 y 6:10-11 se nos explica que las cenizas del holocausto eran manejadas de manera muy cuidadosa y solemne. El sacerdote las colocaba en el lado este del altar, el cual daba al lado de la salida del sol. Esto significa que cuando tomamos a Cristo como nuestro holocausto cada día, manteniendo nuestra consagración fresca y al día con Él con miras a obtener la realidad del Cuerpo de Cristo hasta alcanzar nuestra consumación como la Nueva Jerusalén, estas cenizas, las cuales hemos llegado a ser, serán introducidas en el amanecer de la resurrección. Así, experimentaremos la transformación efectuada por el Dios Triuno a fin de llegar a ser los materiales preciosos con los cuales es edificada la Nueva Jerusalén. Dios se deleita en esto.

*Beber del único Espíritu es mezclarse con el Espíritu,
quien es la unidad del único Cuerpo;
esto requiere de nosotros que invoquemos al Señor continuamente
y saquemos aguas con gozo de Él, quien es la fuente de agua viva*

Beber del único Espíritu es mezclarse con el Espíritu, quien es la unidad del único Cuerpo; esto requiere de nosotros que invoquemos al Señor continuamente y saquemos aguas con gozo de Él, quien es la

fuelle de agua viva (1 Co. 12:12-13; Ef. 4:3-4a; Is. 12:3-4; Jer. 2:13; Jn. 4:10, 14; 7:37-39; Ap. 22:17). *Hymns*, #1340 basado en Isaías 12:3-4 y 6, dice: “Sacaréis con gozo aguas / De las fuentes de la salvación. / Y diréis en aquel día: / ¡Alabad a Jehová, invocad Su nombre! / Haced célebres en los pueblos Sus obras, / Recordad que Su nombre es engrandecido ... Clama y grita de júbilo, oh moradora de Sion; / Porque grande es en medio de ti / El Santo de Israel”. Esto significa que cuando predicamos el evangelio, bebemos. Cuando fluimos, les hablamos a otros, bebemos.

*Comer del árbol de la vida, esto es,
disfrutar a Cristo como nuestro suministro de vida,
debe ser el componente más importante en nuestra vida de iglesia;
disfrutar a Cristo requiere que le amemos con el primer amor;
estas tres cosas van juntas: amar al Señor,
disfrutar al Señor y ser Su testimonio*

Comer del árbol de la vida, esto es, disfrutar a Cristo como nuestro suministro de vida, debe ser el componente más importante en nuestra vida de iglesia; disfrutar a Cristo requiere que le amemos con el primer amor; estas tres cosas van juntas: amar al Señor, disfrutar al Señor y ser Su testimonio (Ap. 2:4, 7; 22:14). En particular, todos los hermanos responsables necesitan ver esto. El componente primordial de nuestra vida de iglesia debe ser el disfrute de Cristo como nuestro suministro de vida. Es necesario que conduzcamos a toda la iglesia y a todos los que cuidamos a disfrutar de Cristo como su suministro de vida. Esto implica que debemos disfrutar a Cristo para el beneficio de los demás. Disfrutamos a Cristo en el Cuerpo, a través del Cuerpo y por el Cuerpo. A fin de disfrutar a Cristo necesitamos amarle con nuestro primer amor.

**Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir
y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de
Cristo, tenemos que estar llenos de la luz de la vida**

*La luz de la Nueva Jerusalén es Dios mismo, la gloria iluminadora
que resplandece a través de Cristo el Redentor,
quien es la lámpara, y toda la ciudad santa
es difusora de la luz divina; hoy en día,
este difusor que disemina la luz divina es el Cuerpo de Cristo*

Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su

realización como la realidad del Cuerpo de Cristo, tenemos que estar llenos de la luz de la vida (21:11, 23; 22:5; Lc. 11:33-36). La luz de la Nueva Jerusalén es Dios mismo, la gloria iluminadora que resplandece a través de Cristo el Redentor, quien es la lámpara, y toda la ciudad santa es difusora de la luz divina; hoy en día, este difusor que disemina la luz divina es el Cuerpo de Cristo (Ap. 21:23-24a; 22:1, 5; 21:11; Ef. 5:8-9). Dios es el Cordero y el Cordero es la lámpara. El Cordero que es la lámpara, es como una bombilla, y la Nueva Jerusalén es como la pantalla, el difusor. Dios era inaccesible para el hombre, pero ahora, debido a que Él está en Cristo como nuestro Redentor, podemos acercarnos a Él. Acercarse a Dios sin Cristo como nuestro Redentor, sería como tocar directamente el receptáculo de una lámpara sin foco, lo cual podría causarnos la muerte. Sin embargo, ya que Dios está en Cristo como nuestro Redentor, podemos entrar en Él y disfrutarle. Podemos contactarle. Ahora, este Cordero-lámpara que contiene a Dios como la luz, llena todo nuestro ser. Como la Nueva Jerusalén, llegamos a ser el gran difusor corporativo para difundir la luz de la gloria del Dios Triuno por todo el universo.

Lucas 11:33-36 menciona dos veces la frase *lleno de luz*, y una vez la palabra *luminoso*. Necesitamos orar: “Señor, hazme una persona que esté llena de luz”. Esto significa que nuestro ojo necesita ser sencillo. Debemos orar: “Señor, concédeme un corazón puro. Sólo te deseo a Ti. Quiero que seas mi única meta”. Esto implica que deseamos tener la Nueva Jerusalén como nuestra meta. La Nueva Jerusalén es Cristo como la Cabeza y el Cuerpo, cuya consumación es el nuevo hombre que ha llegado a la madurez, a su pleno crecimiento. Entonces, estaremos llenos de luz como hijos de luz.

*La luz es la presencia de Dios;
nosotros disfrutamos a Cristo como la porción que Dios nos dio
en la luz para librarnos de la autoridad de las tinieblas,
el reino de Satanás, y para trasladarnos
al reino del Hijo de Dios, el Hijo de Su amor*

La luz es la presencia de Dios; nosotros disfrutamos a Cristo como la porción que Dios nos dio en la luz para librarnos de la autoridad de las tinieblas, el reino de Satanás, y para trasladarnos al reino del Hijo de Dios, el Hijo de Su amor (Col. 1:12-13; Hch. 26:18; Ro. 13:11-14; cfr. Mr. 9:2-8). Cuando decimos, “Señor Jesús, te amo”, somos librados de la autoridad de las tinieblas y transferidos al reino del Hijo de Su amor.

Cuando salgamos de compras y elijamos algún artículo, debemos detenemos y decir: “Señor, te amo”, lo cual tal vez haga que desistamos de comprarlo. Al elegir el siguiente artículo debemos decir nuevamente: “Señor Jesús, te amo”, y tal vez tengamos que dejar ese artículo también. Entonces, tal vez salgamos de esa tienda con las manos vacías pero con la presencia de Dios en nuestro ser. Tenemos que ser regidos por la luz.

*La luz de Dios está en el santuario, la morada de Dios,
que es nuestro espíritu y la iglesia;
en nuestro espíritu y en la iglesia recibimos la revelación divina
y todos nuestros problemas hallan explicación*

La luz de Dios está en el santuario, la morada de Dios, que es nuestro espíritu (Ef. 2:22) y la iglesia (1 Ti. 3:15); en nuestro espíritu y en la iglesia recibimos la revelación divina y todos nuestros problemas hallan explicación (Sal. 73:16-17, 22-26). Esta luz está en nuestro espíritu que es el santuario, y también está en la iglesia. La presencia de Dios como la luz debe estar en nosotros ahora mismo. Sin duda hemos tenido la experiencia de recibir revelación divina en nuestro espíritu y en la iglesia. Tal vez hayamos llegado a una reunión agobiados por algún problema, pero en la reunión la luz nos alumbró, y salimos de la reunión con un cielo despejado. Llegamos tristes y salimos gozosos.

Esta fue la experiencia del salmista según se relata en Salmos 73. Él estaba observando a las personas adineradas y decía: “He aquí estos impíos, / Siempre desahogados, aumentan riquezas. / Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, / Y lavado mis manos en inocencia; / Pues he sido azotado todo el día, / Y castigado cada mañana” (vs. 12-14). Es posible que, a veces, también nos hayamos encontrado en la misma situación. Luchamos con Dios preguntándonos por qué escogimos esta senda y no otra que al parecer era más próspera. Sin embargo, los versículos 16 y 17 marcan un momento decisivo: “Cuando pensé para saber esto, / Fue duro trabajo para mí, / Hasta que entrando en el santuario de Dios, / Comprendí el fin de ellos”. En el versículo 22 el salmista dice que él era como una bestia delante del Señor. Él comprendió que el destino de aquellos a quienes él envidiaba, era terrible, mientras que el suyo era maravilloso. En los versículos 25-26, él dice: ¿A quién tengo yo en los cielos sino a Ti? / Y fuera de Ti nada deseo en la tierra. / Mi carne y mi corazón desfallecen, / Mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre”. Cuando él entró en el

santuario de Dios, él era una clase de persona, mas cuando salió del mismo, era otra clase de persona por causa de la luz de Dios.

**Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir
y llevar a cabo su realización
como la realidad del Cuerpo de Cristo,
tenemos que participar de Dios el Padre
en Su naturaleza divina,
tipificada por el oro como base de la ciudad**

*La única calle de oro puro representa el hecho
de que al vivir y laborar de acuerdo con la vida divina
que fluye en la naturaleza divina, jamás “nos perdemos”,
y somos personas puras, simples y sin complicaciones*

Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de Cristo, tenemos que participar de Dios el Padre en Su naturaleza divina, tipificada por el oro como base de la ciudad (2 P. 1:4; Ap. 21:21b). La calle única, la calle de oro puro, representa el hecho de que al vivir y laborar de acuerdo con la vida divina que fluye en la naturaleza divina, jamás “nos perdemos”, y seremos personas puras, simples y sin complicaciones (22:1; 2 Co. 11:2-3). Debido que sólo existe una calle, no podemos perdernos. Lo único que verdaderamente nos importa es estar en esta calle única, la cual representa la vida divina que fluye en la naturaleza divina. Esta es nuestra calle. Muchos vehículos hoy en día cuentan con un sistema global de localización (GPS). Esto ayuda al conductor a no perderse. Nuestro GPS es el río de agua de vida. Con sólo una calle no podemos perdernos. Él es nuestra brújula. Si en algún momento perdemos el fluir debemos retroceder, porque estamos en la calle equivocada.

*La naturaleza divina es lo que Dios es;
tenemos que ejercitar nuestro espíritu
para disfrutar a Dios como Espíritu
(la naturaleza de la persona de Dios),
y tenemos que permanecer en la comunión divina
para disfrutar a Dios como amor
(la naturaleza de la esencia de Dios)
y como luz (la naturaleza de la expresión de Dios)*

La naturaleza divina es lo que Dios es; tenemos que ejercitar

nuestro espíritu para disfrutar a Dios como Espíritu (la naturaleza de la persona de Dios), y tenemos que permanecer en la comunión divina para disfrutar a Dios como amor (la naturaleza de la esencia de Dios) y como luz (la naturaleza de la expresión de Dios) (Jn. 4:24; 1 Jn. 4:8; 1:5, 3). Dios es Espíritu, Dios es amor, y Dios es luz. Por lo tanto, debemos disfrutar al Señor como el Espíritu, quien es la naturaleza misma de Dios. Debemos permanecer en la comunión divina, lo cual equivale a disfrutar a Dios como amor que es la naturaleza de la esencia de Dios. Además debemos disfrutar a Dios como la luz, la cual es la naturaleza de la expresión de Dios.

**Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir
y llevar a cabo su realización
como la realidad del Cuerpo de Cristo,
tenemos que experimentar a Dios el Hijo
en Su muerte y resurrección,
tipificados por las puertas de perla**

Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de Cristo, tenemos que experimentar a Dios el Hijo en Su muerte y resurrección, tipificados por las puertas de perla (Ap. 21:21a). Cristo es la ostra verdadera. Él entró en a las aguas de la muerte, y fue herido por nuestras transgresiones. Somos como un grano de arena que se introduce en una ostra. Luego, la ostra secreta su jugo vital alrededor del grano de arena para producir la perla.

*Las perlas representan
el fruto de la secreción de Cristo en dos aspectos:
Su muerte que redime y que libera la vida divina
y Su resurrección que imparte dicha vida*

Las perlas representan el fruto de la secreción de Cristo en dos aspectos: Su muerte que redime y que libera la vida divina y Su resurrección que imparte dicha vida (Jn. 12:24; 19:34; cfr. Zac. 13:1; Jer. 2:13). En Juan 19:34 dice: “Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua”. En Zacarías 13:1 dice: “En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la impureza”. Él es una fuente de sangre, y podemos disfrutar de Su sangre limpiadora y redentora diariamente y a cada momento. Luego,

Jeremías 2:13 indica que Él es la fuente de aguas vivas para nuestra salvación orgánica.

*Tenemos que experimentar la muerte de Cristo
por el poder de Su resurrección
a fin de ser conformados a Su muerte
y a la imagen del Hijo primogénito de Dios*

Tenemos que experimentar la muerte de Cristo por el poder de Su resurrección a fin de ser conformados a Su muerte y a la imagen del Hijo primogénito de Dios (Fil. 3:10; 1:19; Ro. 8:29; 2 Co. 4:7-13).

**Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir
y llevar a cabo su realización
como la realidad del Cuerpo de Cristo,
tenemos que experimentar a Dios el Espíritu
en Su obra transformadora,
la cual está tipificada por el muro de jaspe
con su cimiento de piedras preciosas**

*Mediante nuestro crecimiento en la vida divina
al estar en Cristo la piedra viva,
somos transformados en piedras preciosas
para tener la misma apariencia que tiene Dios*

Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de Cristo, tenemos que experimentar a Dios el Espíritu en Su obra transformadora, la cual está tipificada por el muro de jaspe con su cimiento de piedras preciosas (Ap. 21:18-20). Mediante nuestro crecimiento en la vida divina al estar en Cristo la piedra viva, somos transformados en piedras preciosas para tener la misma apariencia que tiene Dios (1 P. 2:4; 1 Co. 3:12a; Ap. 21:10-11; 4:3; 2 Co. 3:18; Ro. 12:2). Dios en el trono tiene la apariencia de jaspe al igual que toda la ciudad.

A fin de ser transformados, necesitamos practicar una cosa muy sencilla, que es mantener nuestro corazón vuelto al Señor. Debemos orar: “Señor, por Tu misericordia haz que mi corazón se vuelva a Ti. Mantén mi corazón vuelto a Ti durante todo el día”. Cuando volvemos nuestro corazón al Señor, el velo es quitado, y podemos verlo a cara descubierta (2 Co. 3:18). Cuando le contemplamos, somos transformados.

*La función que cumple el muro es la de apartar,
santificar, a la ciudad para Dios,
separándola de todo lo que no sea Dios mismo,
con lo cual hace de ella la santa ciudad;
además, el muro también cumple la función de proteger
los intereses de las riquezas de la divinidad de Dios
sobre la tierra así como los logros propios de Su consumación*

La función que cumple el muro es la de apartar, santificar, a la ciudad para Dios, separándola de todo lo que no sea Dios mismo, con lo cual hace de ella la santa ciudad; además, el muro también cumple la función de proteger los intereses de las riquezas de la divinidad de Dios sobre la tierra así como los logros propios de Su consumación (Ap. 21:2a, 10b; cfr. Jn. 17:17). Necesitamos ponernos en las manos del Señor para ser transformados por Él y ser saturados y empapados de Su naturaleza santa. Cuanto más seamos transformados, santificados, saturados, empapados, impregnados, y cambiados metabólicamente en Su vida divina, más seremos separados para Dios.

Existe un muro grande y alto en la vida de iglesia. La gente podrá percibir que somos personas que están separadas, que no somos comunes. Cuando las personas llegan a la iglesia, se dan cuenta que somos diferentes. Los santos son verdaderos modelos para nosotros. Antes de venir a la iglesia, es posible que algunos de nosotros jamás hayamos cantado un himno en un hogar. Además descubrimos que a los santos sólo les gusta hablar de Jesús. Como nuevos creyentes, puede que hayamos intentado cambiar el tema de la conversación, pero los santos siempre nos llevaron de regreso a la calle única, al río de vida. Ahora, nuestro único interés es Jesús. La conducta de los hermanos y las hermanas muestra que son personas que han sido separadas para Dios. No debemos comportarnos como personas descuidadas y superficiales. Tenemos que ser personas llenas de gozo.

El muro también cumple la función de proteger los intereses de las riquezas de la divinidad de Dios en la tierra y los logros de Su consumación. Esto lo realizamos por medio de dar a conocer la verdad, por medio de proclamarla en forma absoluta, sin reservas ni compromisos. Es así como el muro es edificado para proteger los intereses de las riquezas de la divinidad de Dios. La verdad logra esto porque es el resplandor de la luz. La verdad es la revelación de quién es Cristo, lo cual incluye Su proceso, Su persona y Sus logros.

Sólo podemos experimentar al Cristo que vemos. Si solamente vemos un poco de Cristo, esa es la medida según la cual disfrutaremos a Cristo. Sin embargo, si vemos la cúspide de la revelación divina, si vemos que Dios se hizo hombre para que el hombre llegue a ser Dios, es decir, para que el hombre sea “deificado”, “Cristificado” y “Diosificado” en vida y naturaleza mas no en la Deidad, nuestra experiencia alcanzará a tal grado y llegaremos a ser la novia de Cristo. Es por esta razón que tenemos que dar a conocer la verdad. Si lo que damos a conocer es algo inferior a esto, la experiencia correspondiente también será deficiente. En Génesis 13:15 el Señor le dijo a Abraham: “Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre”. Esto significa que lo que vemos es lo que recibimos. Luego, en el versículo 17 le exhortó: “Levántate, vé por la tierra”, lo cual indica que entonces podremos andar en aquello que vemos.

**Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir
y llevar a cabo su realización
como la realidad del Cuerpo de Cristo
se requiere que combatamos en la guerra espiritual;
en tiempos de Nehemías, “los que edificaban en el muro
y los acarreadores llevaban las cargas y trabajaban así: con una
mano trabajaban en la obra, y con la otra empuñaban el arma”**

Para expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y llevar a cabo su realización como la realidad del Cuerpo de Cristo se requiere que combatamos en la guerra espiritual; en tiempos de Nehemías, “los que edificaban en el muro y los acarreadores llevaban las cargas y trabajaban así: con una mano trabajaban en la obra, y con la otra empuñaban el arma” (Neh. 4:17). Esta es nuestra vida, una vida de combate y edificación.

El ataque del enemigo tiene tres aspectos: el primero es el escarnio del enemigo; el segundo consiste en que el enemigo idea estrategias al hacer que los que destruyen el edificio divino soliciten reuniones y discusiones; el tercero consiste en hacer que nos sintamos desalentados, que seamos debilitados, que enfermemos espiritualmente y que haya discordia entre nosotros

El ataque del enemigo tiene tres aspectos: el primero es el escarnio del enemigo (2:10; 4:2-3); el segundo consiste en que el enemigo idea

estrategias al hacer que los que destruyen el edificio divino soliciten reuniones y discusiones (6:2); el tercero consiste en hacer que nos sintamos desalentados, que seamos debilitados, que enfermemos espiritualmente y que haya discordia entre nosotros (4:10-12). Sanbalat y Tobías pidieron reuniones y discusiones en el campo de Ono (6:2). Sin embargo, nosotros, al igual que Nehemías, no tenemos tiempo para atender tales cosas, pues estamos ocupados disfrutando al Señor, edificando la iglesia como el Cuerpo de Cristo, y propagando la economía de Dios en Su mover en la tierra a fin de preparar la novia de Cristo para propiciar Su retorno. Tenemos que decir no a ser desalentados, a ser debilitados, a enfermar espiritualmente y tener discordia entre nosotros. Más bien, debemos cobrar ánimo, ser fuertes y estar llenos del Espíritu. Tenemos que disfrutar de la sanidad que nos trae Cristo en Sus alas (Mal. 4:2) y disfrutar de la unidad del Espíritu.

*Nehemías, por ser alguien que amaba a Dios,
oró a Dios a fin de tener contacto con Él en comunión;
con miras a lograr la reedificación del muro,
Nehemías se mantuvo firme basándose en la palabra de Dios,
oró conforme a ella y tomó acción en resurrección
de manera apropiadamente valiente*

Nehemías, por ser alguien que amaba a Dios, oró a Dios a fin de tener contacto con Él en comunión; con miras a lograr la reedificación del muro, Nehemías se mantuvo firme basándose en la palabra de Dios, oró conforme a ella y tomó acción en resurrección de manera apropiadamente valiente (Neh. 1:1-11; 2:4; 4:4-9; 13:1-30).

*Tenemos que mantenernos firmes
en contra de las estrategias del diablo
al librar la batalla inmersos en el Cuerpo
y con oraciones combatientes, orando en todo tiempo en el espíritu
a fin de vestirnos de toda la armadura de Dios
para la edificación del Cuerpo de Cristo
como casa de Dios para que Dios sea glorificado,
y como el reino de Dios para que Dios
ejerza Su señorío con miras a que se cumpla
plenamente la economía de Dios*

Tenemos que mantenernos firmes en contra de las estrategias del diablo al librar la batalla inmersos en el Cuerpo y con oraciones

combatientes, orando en todo tiempo en el espíritu a fin de vestirnos de toda la armadura de Dios para la edificación del Cuerpo de Cristo como casa de Dios para que Dios sea glorificado, y como el reino de Dios para que Dios ejerza Su señorío con miras a que se cumpla plenamente la economía de Dios (Ef. 6:10-20).—E. M.

COMUNIÓN EN CUANTO AL USO DE LA CASA BOWER EN LONDRES, REINO UNIDO

La *Casa Bower*, ubicada al nordeste de Londres, fue comprada a fines de agosto del 2005. La *Casa Bower* es actualmente la única propiedad en Europa que pertenece a todos los santos del recobro del Señor; no obstante, la población de Europa es casi el doble de los Estados Unidos. Aunque la *Casa Bower* fue comprada hace menos de un año, sólo resta por ser pagado el 30 por ciento del precio de compra, o aproximadamente US\$2,000,000, a fin de que esta propiedad quede totalmente libre de deuda.

La *Casa Bower* en realidad es una propiedad que consta de varios edificios con un total de treinta mil pies cuadrados de construcción en medio de nueve acres de tierra, y tiene vista al centro de Londres. Originalmente era una casa campestre que fue construida a principios del siglo XVIII. Hace varios años esta propiedad fue comprada por la compañía de automóviles *Ford Motor* a fin de ser utilizada como un centro de entrenamiento para sus empleados, y para este propósito se construyeron varios edificios más. En el presente, tiene una capacidad de alojamiento para 150 personas y un salón de conferencias con capacidad para 350 personas, además de un comedor y áreas de oficinas. Antes de que se vendiera la propiedad, la compañía *Ford Motor* consiguió la aprobación de planos para hacer ampliaciones a fin de acomodar a 250 personas y tener capacidad para dar asiento a 800 personas. Esperamos poder realizar estas ampliaciones en el futuro próximo.

En la propiedad de la *Casa Bower* se realizan muchas actividades relacionadas con la obra incluyendo *Amana Trust*, que es una entidad sin fines de lucro creada para llevar a cabo la obra en Reino Unido. Otras funciones que cumple esta propiedad incluye el Entrenamiento de tiempo completo en Londres; *Amana Books*, que vende y distribuye publicaciones de *Living Stream Ministry*; *Rhema Trust*, que distribuye gratuitamente literatura de *Living Stream Ministry* en el Reino Unido y en otros países de Europa occidental; Tipografía Londres, que es una oficina de *Living Stream Ministry* que brinda apoyo a varios idiomas europeos y del Medio Oriente; las actividades del programa radial *Estudio-vida de la Biblia*, que se transmite